

EN MEMORIA DEL  
DR. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO



Académico de Número de la Sección de Humanidades, medalla número 42.

En su toma de posesión, celebrada el día 27-01-2016, pronunció el discurso de ingreso: *Intelectuales andaluces en el Madrid del primer tercio del siglo XX*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=271>

ENRIQUE BAENA PEÑA

Catedrático de Universidad

[ebaena@uma.es](mailto:ebaena@uma.es)

---

### JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO, EL ESPÍRITU Y LA LETRA DE UN SABIO

Nuestro querido Profesor Cuenca Toribio ha sido lo que, en la cultura francesa, tan amada en su bibliografía, se llamaba un *esprit universel*, lo que le sitúa junto a su legado en la *areté*, en la excelencia, y en la memorable consideración de quien transita amplios espacios del conocimiento humanístico y expone con modestia su transmisión, por imperativo categórico, sin esperar sino solo la aquiescencia y aceptación de sus palabras entre colegas, discípulos, alumnos y lectores o público. Y siempre en modos dialogísticos. Su discurso consistía también en una alteridad, en representarse las condiciones del otro para corresponder así idóneamente a su interlocutor. Y esa propiedad se acompañaba del amplio saber erudito, y de una suma capacidad interdisciplinar, desde su núcleo de historicidad, abarcando grandes conocimientos, lo que, desde siempre para mí y una inmensidad de colegas y seguidores, hacía refulgir su condición de polímata, el que tanto sabe, el *polymathés*, el *homo universalis*, declarado así en los remotos griegos y reforzado como figura ejemplar a partir del Renacimiento y la Historia Moderna. Una simbolización que el maestro Cuenca Toribio recibe como canon y lo ajusta en el *desideratum* contemporáneo del conocimiento histórico y cultural.

Pero fijémonos también en las formas de su expresividad, en los modos del género ensayístico. Y ahí convenimos con el maestro en la herencia de otro tiempo, donde alboreaba la letra de la *Devotio cristiana*; por ello, es probable que toda obra personal, erudita o literaria, no sea sino una confesión, en el originario sentido agustiniano, que aspira a ser carta, de dimensiones monumentales o brevísimas, o una carta que busca conseguir el destinatario que acepte la confesión, y tal vez en el origen de ello se encuentre siempre la pérdida, un primer sentimiento trágico que obliga a la búsqueda del otro, a llenar la ausencia, aunque sea solo con el propósito de comunicarse con un anhelado lector. José Manuel Cuenca ya en 2005 parecía querer compilar su escritura con unas cartas, extensas, donde el profesor *senior* trasladaba con rasgos confesados de su propia experiencia a un joven historiador ideas memorables al narrarle cómo se configura esta vocación, qué le sucederá previsiblemente en sus investigaciones, la trascendencia que posee la objetividad en los estudios históricos, las miradas no cosmológicas hacia el pasado y el presente, y cuál debería ser su modo de pensar y actuar, y sus procedimientos y métodos en la

nueva era digital iniciada con el milenio. Y junto a ello, en estas *Cartas a un joven historiador* subrayaba la importancia de la Filología y la Literatura en el mundo de Clío, que, desde los orígenes, no solo protegía a la Historia sino también a la precedente Poesía heroica.

Las obras y fórmulas literarias con las que tanto convivió como historiador, ensayista y escritor, rendían continuamente el homenaje mayor en sus investigaciones a la expresividad y cadencia llenas de contenidos vitales, que entendía representan la Literatura en el devenir histórico; se conformaba así en su obra una magna presencia de estética, creación, saber y ejemplificaciones, que asimismo convertiría en objeto de reflexión y crítica permanente y, a su vez, en el filtro de la visión contagiada de lo literario en lo histórico, dintel con el que abrazar el mundo y sus desarrollos temporales. Por esta razón resulta enriquecedor el discurso acometido por el maestro Cuenca, y en esa senda de acercamiento intelectual se fue haciendo palpable más y más la identificación con perfiles literarios que envuelven su voluntad de estilo con los conceptos y argumentos que trata en lo histórico; y ello, en paralelo, también sucede en todos los motivos que subraya sobre autores y obras narrativas o poéticas que le embelesan, en *Historia y Literatura*, por ejemplo, y que en un *crescendo* fue, efectivamente, vinculándolos a su propio devenir y motivaciones, como ocurrió con el caso de sus estudios sobre Galdós o Juan Valera, o Pedro Salinas y Jorge Guillén, entre otros. Son, pues, presencias en su *idearium* que revierten en un imaginario que exige de la autorreflexión, enriqueciendo la construcción histórica para que así alcance un ser y hacerse de todos: modos de comunicación que desde un yo ya se metamorfosean en un nosotros que reúne a tantos y tantos lectores en el anhelo persuasivo de encontrar el diálogo, las ideas compartidas y el afán común de conocimiento y convivencia, forjándose donde habitan sus palabras y la imborrable huella de sus obras.

Desde Andalucía, objeto de innumerables trabajos del maestro Cuenca, donde tantos momentos llenos del mayor afecto compartimos Soledad Miranda, José Manuel, Rosa Romojaro, mi esposa, y yo mismo, en numerosos encuentros que se prolongaron desde hace ya varias décadas hasta recientemente. Recuerdo también sus pioneras iniciativas de los Congresos de Historia de Andalucía, en 1976, 1991 y 2001; así como el coetáneo Historia y Política de Priego, de 1995 a 2000. Actividades de excelencia que dieron cuenta de la devoción del maestro por Andalucía, plasmándola en libros que son hitos historiográficos como las *Semblanzas andaluzas* (1984), *Historia General de Andalucía* (2005) y *Teorías de Andalucía* (2009), además de la *Historia de Sevilla* (1991) y la *Historia de Córdoba* (2002), por citar solo los más señeros, junto a numerosos artículos,

ponencias y cursos dirigidos. Sus invitaciones a Córdoba, las conferencias que impartió en Málaga tanto en la Facultad, como en el Máster que dirigía y en los Cursos Internacionales de Ronda, nos fueron uniendo en una fraternal amistad, siendo fruto de ello numerosos encuentros, tribunales y seminarios que compartimos.

Releyendo páginas de su obra, en especial su *Teorías de Andalucía*, compruebo el matiz expresivo y literario en el cómo aquilata un irresistible sentimiento de interiorización a que nos convoca en la lectura. Rasgo que se combina con la objetividad más allá de las circunstancias coetáneas a la propia publicación, a principios de los años ochenta, y a su reedición ampliada, en 2009. Y en lo que leo ahora, recibo también la proyección internacional de los fundamentos de su monumental obra crítica, sin duda un modelo de la historiografía española. Y, efectivamente, frente a la inmediatez del debate en el tiempo de la edición del libro, como historiador, sin embargo, nos revela incisivas conceptualizaciones que traen las visiones de insignes autores contemporáneos sobre Andalucía; dando cuenta así de paradigmas, aún con sus negatividades, ante el incierto devenir entonces y después de lo inmanente. Una maestría en el saber y en el discurso, en el espíritu y en la letra, que, frente a toda abstracción especulativa, se sitúa en estados intermedios, permitiendo a través de los materiales que presenta, que nos reconozcamos, que no nos resulten ajenos, desembotándonos de lo inane o del atrapamiento de la vida real.

Concluyendo: Intelecciones sobre Andalucía que tantas veces hemos conversado y compartido en sus seminarios en nuestra Universidad, tratando los máximos testimonios sobre este orbe meridional, desde la Antigüedad hasta Navagiero o Cervantes, para prolongarse en las visiones del Romanticismo, y así configurar un *corpus* desde donde se vislumbran categorías esenciales. Un ejercicio de memoria histórica que José Manuel Cuenca, al margen de insustancialidades, hacía converger con la vida y creación literarias, con la estética y con el pensamiento; y de esa forma la temalogía sobre Andalucía y lo andaluz nos lo revela en jalones que conforman en el tiempo contemporáneo un proceso intelectual combinatorio, compuesto de diferencias que, no obstante, dan paso a la unidad de la pluralidad, en la profundización que realiza el maestro, con testimonios de Rubén Darío y Alfonso Reyes, de Cambó y Azaña, de Marañón o Laín Entralgo, de Sánchez Albornoz y de Domínguez Ortiz, o de García Gómez y Dámaso Alonso, entre otras caracterizaciones relevantes que ocuparon a nuestro querido José Manuel Cuenca, brillante maestro de historiadores, y humanista de la estirpe magistral de los polímatas.